

CAPITULO III.

Cómo el capitán Hernando Cortés prosiguió su camino para yr á ver á Montecuma, señor de México, é del buen acogimiento que le fué hecho en las tierras de su señorío, é cómo se apartó deste camino por consejo de los indios de Çempual, sus amigos, para yr á ver é contraer amistad con Tascaltecle, é cómo en fin se hizo el amistad é confederación con ellos.

Partido Hernando Cortés con la gente, que de suso se dixo, para yr á verse con Montecuma, fué por la tierra é señorío de Çempual tres jornadas, donde de todos los naturales fué muy bien hospedado, é con mucho plaçer resçebido. É á la quarta jornada entró en una provincia, que se llama Sienchimalen, en la qual hay una villa que por su sitio y asiento naturalmente es muy fuerte, porque está en una ladera de una sierra muy áspera, é para la entrada no hay sino un passo de escalera en una peña viva, ques imposible passar por allí sino gente á pié (no resistida), y aun con harta dificultad; y en lo llano hay muchas aldeas é pueblos de á quinientos, é á trescientos, é á doscientos vecinos labradores, que serán por todos cinco ó seys mill hombres de guerra; y esto es del señorío de Montecuma. Allí resçebieron muy bien á los españoles, é les dieron muy bien los bastimentos necesarios para su camino; é dixerón al capitán Hernando Cortés que bien sabian que yba á ver á Montecuma, su señor, é que fuesse cierto quel era su amigo, pues que les avia enviado á mandar que le hiciessen buen acogimiento á él é á los chripstianos, porque en ello le servirían mucho. É Cortés les respondió graciosamente por su buen comedimiento, é les dixo quel Emperador, nuestro señor, tenia noticia de Montecuma, é le avia mandado que le fuesse á ver, é que assi lo haçia é ponía por obra; é pasó un puerto que está al fin de aquella provincia, é llamóle el puerto del Nombre de Dios, por ser el primero passo áspero, que en aquella tierra avian

passado los españoles; el qual es tan agrio é alto, que en España no se sabe otro tan dificultoso de passar (segund Cortés por su carta lo escribió).

Passado aquello sin contradición alguna, halló en la baxada del puerto otras alquerias ó aldeas de una villa ó fortaleza, que se dice Texnacan, que assimesmo era del mesmo Montecuma, donde no menos bien que de los de Sienchemalen fueron los españoles resçebidos; é les dixerón de la voluntad de Montecuma lo que los testigos avian dicho, y Hernando Cortés les satisfiço de palabras gratas é amorosamente, confortándolos á su amistad.

Desde allí fué este pequeño ejército de los españoles é su capitán tres jornadas de despoblado de un páramo deshabitado, á causa de su esterilidad é falta de agua é mucha frialdad que allí hay: por lo qual los españoles padescieron mucho trabaxo de sed é hambre, é les tomó una tempestad de graniço é agua en aquel despoblado, que demás del peligro de la piedra, que cayó mucha é gruessa, pensaron morir de frio, é de hecho murieron ciertos indios de los mansos, que tenían é avian llevado de la isla Fernandina.

En fin destas jornadas ques dicho, passaron otro puerto, aunque no tan áspero como el primero: en la cumbre del qual estaba una torre pequeña, que queria paresçer á los humilladeros que por devoción se usan entre los chripstianos en algunas partes, y assi eran oratorios de indios, porque estaban allí ciertos ydolos, é al rededor de la torre avia mas de mill carretadas de leña cortada é apilada muy

compuesta; é puso nombre Hernando Cortés á este paso el puerto de la Leña. Á la baxada deste puerto, entre unas sierras ásperas, llegaron á un valle muy poblado de gente, que segund ella paresçia, debia ser gente pobre. É despues de aver andado dos leguas por aquella población, llegaron á un asiento algo mas llano, donde vivia el señor de aquel valle, é tenia las mejores é mas bien labradas casas, que hasta estonçes los españoles avian visto en aquellas partes; porque eran todas de cantería labrada é muy nuevas, é avia en ellas muchas é muy grandes salas, é muchos é muy buenos aposentos, é muy bien obrados.

Este valle é población se llama Caltanmi, é al señor dél por su nombre proprio llaman Olinctele, como se dixo en el capítulo I. Allí fueron los españoles muy bien aposentados é servidos; é despues que Hernando Cortés ovo hablado á aquel señor muy amorosamente, é le dixo qué eran los chripstianos, é que yban á aquella tierra por mandado del Emperador universal de todos los chripstianos, é le dixo, quan encaresçidamente supo, la grandeza é poder de Çessar; preguntóle por las lenguas si era vassallo de Montecuma, ó si era de otra parcialidad ú opinion: el qual muy admirado é como espantado de tal pregunta, le respondió é dixo assi: «¿Quién no es vassallo de Montecuma?» Queriendo decir que Montecuma era señor del mundo. Á lo qual Hernando Cortés le replicó sonriéndose, como quien burlaba de su ignorancia, é le dió á entender que se engañaba, é manifestóle el poder grandíssimo del Emperador, diciéndole que avia otros muchos en el mundo mas poderosos que Montecuma, é ninguno ygal del Emperador: antes todos le son inferiores, le dixo, é que tenia innumerables príncipes é señores é capitanes vassallos suyos, é que assi lo avia de ser Montecuma, é tener por muy grand

TOMO III.

merçed ser suyo con todos los naturales de aquellas partes. É assi le requirió á este Olinctele que lo fuesse él, si queria ser honrado é favoreçido, é que si assi no lo hiciesses, seria punido é libraria mal. É que para quel Emperador toviesse por bien de le resçebir por suyo, que debia dar algun oro, que á Su Magestad se enviase. Á esto respondió que oro él lo tenia; pero que no se lo queria dar, si Montecuma no se lo mandasse, pero que mandándolo él, quel oro é su persona é quanto tenia le daria. É por estorbar Hernando Cortés que no oviesse escándalo ni estorbo en su propósito é camino, disimuló, é replicó que presto le enviria á llamar Montecuma, ó le mandaria que le diesse el oro é quanto toviesse.

Allí fueron á ver á Cortés otros dos señores, que en aquel valle tenian su tierra, é le dieron ciertos collarejos de oro de poco pesso é valor, é siete ú ocho esclavas, á los cuales Cortés dió las mejores palabras que supo decirles para su contentamiento. É desde á quatro ó cinco dias que allí estuvo, se partió é se fué al asiento de uno de aquellos dos señores, que estaban á dos leguas de allí, el valle arriba: el qual príncipal se decía Iztamistan, el señorío del qual era tres ó quatro leguas de población al luengo, sin salir casa de casa, por lo llano de un valle, ribera de un pequeño rio que va por él. Y en un çerro muy alto está la casa del señor con la mejor fortaleza que hay en la mitad de España, é mejor cercada de bacanas é muros é cavas, y en lo alto deste çerro una población de hasta cinco ó seys mill vecinos de muy buenas casas é gente algo mas rica que la del valle abaxo. Allí fué muy bien resçebido Cortés é los que con él yban, é les dixo este señor que era vassallo de Montecuma.

Allí estuvo Cortés tres dias, porque la gente descansasse de los trabaxos que en lo despoblado avian passado, é por espe-

rar quatro mensageros de los naturales de Çempual, que yban con él, é los avia enviado desde Caltanmi á una provincia muy grande, que se llama Tascalteca, que le avian dicho que estaba çerca de allí, los naturales de la qual provincia eran amigos de los de Çempual y enemigísimos de Montecuma. É diéronle á entender los de Çempual que le querian confederar con aquellos, porque eran muchos é muy belicosos é diestros en la guerra, é confina su tierra por todas partes con la de Montecuma, con quien continuamente tenian guerra: y pensaban los de Çempual que se holgarian los de Tascalteca con Cortés é los chripstianos, é que los favoreçerian, si el Montecuma se quisiese poner en algo é se mostrasse contrario á los chripstianos.

Essos mensageros, en todo el tiempo que Cortés estuvo en el valle ques dicho, que fué en todo ocho dias, no vinieron, é preguntó á aquellos principales de Çempual que con él yban que cómo no tornaban, é dixéronle que debia de ser léxos é no podrian volver tan presto. É viendo que se dilatava su vuelta, é que aquellos principales de Çempual çertificaban é aseguraban mucho la amistad é seguridad de yr allá: é á la salida del valle halló una grand çerca é muro de piedra seca, tan alto como estado é medio, que atravesaba todo el valle de la una sierra á la otra, é tan ancha esta muralla como veynte piés, é por toda ella un pretil de pié y medio de ancho, para pelear desde lo alto, é no tenia mas de una entrada tan ancha como diez passos, y en aquella entrada traslapaba ó doblaba la una çerca sobre la otra, á manera de rebellin, tan estrecho como quarenta passos, de forma que la entrada era á vueltas é no derecha. É preguntada la causa de aquella çerca, dixeron á Cortés que la tenian así, porque era frontera de aquella provin-

cia de Tascalteca, la qual gente es de enemigos de Montecuma, é tenian siempre guerra con él. É los naturales de aquel valle le rogaron á Cortés que, pues yba á ver á Montecuma su señor, que no passasse por la tierra de aquellos sus enemigos, porque creian que serian malos é le harian algun daño, é qtellos le llevarian siempre por tierra de Montecuma, sin salir della, é por donde seria siempre bien resçebido. Los de Çempual decian que no los creyesse, sino que fuesse por allí, é lo que aquellos le decian era por le apartar de la amistad de aquella provincia, é que eran malos é traydores los de Montecuma, é le llevarian á meter donde no pudiesse salir. Pues cómo Cortés tenia mejor çonçepto de los de Çempual que de los otros, tomó su consejo y siguió el camino de Tascalteca, llevando su gente lo mejor ordenada que pudo, y él yba delante bien media legua, reçelándose de lo que despues subçedió, por tener tiempo de descubrir el campo, é si algo se ofresçiesse, toviessse lugar de se recoger é conçertar é aperçebir los chripstianos para su defensa.

Despues que ovieron caminado quatro leguas, encumbrando un çerro dos de á caballo, que yban delante del capitan Hernando Cortés, vieron çiertos indios con sus plumages, que acostumbra traer en la guerra, é con sus espadas é rodela: los quales assi como vieron los de caballo, huyeron, é como llegó el capitan, híçolos llamar é decir que no oviessen miedo, é fué mas adelante háçia donde estaban hasta quinze indios, los quales se juntaron é començaron á tirar cuchilladas é dar voçes á otra gente que estaba en un valle, é pelearon con esos pocos españoles corredores é con Cortés de tal manera, que les mataron dos caballos é hirieron otros tres é á dos de caballo. Y en esto salió la otra gente, que serian hasta quatro ó çinco mill indios; é ya se avian

juntado con Cortés hasta ocho de caballo sin los muertos, que pelearon con los contrarios, haciendo algunas arremetidas y entradas en ellos, é hirieron los que podian, é teniéndolos hasta esperar los españoles, que con uno de caballo les avia enviado á decir Cortés que andoviessen.

En estas escaramuças fueron alcançados é muertos çinquenta ó sessenta indios, sin que los chripstianos resçibiesse mas daño del ques dicho, puesto que los contrarios peleaban con mucha osadia; mas como estos corredores ques dicho eran todos de caballo, entraban é salian á su salvo, é con daño de los enemigos, los quales desde que vieron quel restante de los españoles se açercaban, se retruxeron porque eran pocos, é dexaron el campo á los chripstianos. É despues de se aver ydo, vinieron çiertos mensageros é dixeron ser de la provincia ques dicha, é con ellos dos de los mensageros que Cortés avia enviado, é dixeron que los señores no sabian nada de lo que aquellos avian hecho, que eran de comunidades, é que sin liçençia lo avian hecho, é que á ellos les pessaba, é que pagarian los caballos que avian muerto, é querian ser buenos amigos de los chripstianos, é que fuessen en buen hora venidos á su tierra, é que en toda ella serian muy bien resçebidos é tractados. El capitan Hernando Cortés les respondió que les agradeçia lo que decian, é quel los tenia por amigos, é yria como ellos decian, adelante.

Aquella noche se fué á aposentar é reposar á par de un arroyo una legua delante de donde esta guaçábara ó recuento passó; é porque ya era tarde, é la gente yba cansada, durmieron donde es dicho; pero á buen recabdo de velas é çentinelas de á pié é de á caballo. É cómo llegó la claridad del dia siguiente, partieron de allí por su órden é con sus corredores adelante, é llegaron á un pueblo pequeño, ya el sol saliendo: é allí vinieron

los otros dos mensageros llorando, é dixeron que los avian atado para los matar, é que aquella noche de antes se avian escapado; é á dos tiros de piedra dellos asomó mucha cantidad de indios, é muy armados, segun su costumbre, é con una grita que pareçia que abrian los çielos, començaron á pelear con los chripstianos, tirándoles muchas varas é flechas. Estonçes Hernando Cortés les començó á haçer requerimientos con las lenguas que llevaba, é aun por ante un escribano, protesándose para satisfacion de la consçiençia real é suya é de los españoles, é para justifiçion de su defensa é guerra presente é porvenir; é quanto más en esso se ocupaba y entretenia á los chripstianos que no peleassen, é pedia la paz con mucha instançia, tanto mayor priessa é atrevimiento ponian en ofender á los nuestros. Por manera que viendo el general capitan que sus palabras podian dañár á los españoles en los detener é impedir su defensa, é que por ellas creçia la soberbia de los adversarios, dió señal á su gente para que peleassen, y él delante dellos, como denodado capitan, pelearon con tanto esfuerço entre más de çient mill hombres de pelea que por todas partes los tenian çercados, que era cosa maravillosa ver lo que los chripstianos hicieron todo aquel dia en pesso, sin descansar hasta una hora antes quel sol se pusiesse é que los contrarios se retruxeron.

Afirman los que en esta batalla se hallaron que nunca tan poco número de españoles, ni de otros chripstianos pudieron en el mundo haçer en una jornada tan famosa expiriencia de su esfuerço contra tanta moltitud de adversarios. Los quales retraidos, como es dicho, començaron á tirar media doçena de tiros pequeños de bronce, é çinco ó seys escopetas, é quarenta ballesteros, é con los treçe de caballo que los quedaron, é hicieron mucho